

Notas bibliográficas

Revista Teología • Tomo XLVII • N°102 • Agosto 2010:233–239

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Notas bibliográficas [en línea], *Teología*, 102 (2010)

<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/revistas/notas-bibliograficas-102.pdf>>

(Se recomienda indicar al finalizar la cita bibliográfica la fecha de consulta entre corchetes. Ej: [consulta: 19 de agosto, 2010]).

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LARRY W. HURTADO, *Lord Jesus Christ: Devotion to Jesus in Earliest Christianity*, Michigan / Cambridge, U.K., Eedermans Publishing Company, 2003, 746 pp.

“Mi motivación primaria es curiosidad sobre una figura central fascinante de un nuevo movimiento religioso que apareció en la era romana, se diversificó y creció rápidamente hasta alcanzar a ser ahora la tradición religiosa más amplia del mundo” (11).

“Mi objetivo en el libro es ofrecer un análisis abarcador del origen, desarrollo y diversificación de la devoción a Cristo en los cruciales dos primeros siglos” (2).

Así delineado lo que mueve al autor a emprender la investigación y el objetivo que se propone, nos queda clarificar lo que él entiende por “devoción”. Porque no es un concepto usualmente tomado en la teología. Hurtado lo entiende como un “concepto-paraguas” que incluye las “creen-

cias y acciones religiosas que constituyeron las expresiones de reverencia religiosa de los primeros cristianos” (3-4); “lo que no se reduce a las doctrinas formales: cómo Jesús figuraba en las creencias y prácticas religiosas de los cristianos” (493).

Creo que aquí está la originalidad del estudio. En el objeto que elige como fuente para acercarnos a quién era Jesús para los cristianos de los dos primeros siglos. Hurtado quiere “leer” la fe cristiana primitiva en lo que esas personas decían, confesaban, hacían, ¡y aún sentían! en su culto religioso.

Por eso, aun en el estudio de los textos del NT y otros de la época, se va a fijar en cómo tratan a Jesús, en el tipo de relación pública que establecen con la figura de Jesús de Nazareth: es un enfoque que toma como fuente la experiencia religiosa (cf. 64-70).

El libro tiene dos grandes divisiones, cronológicamente diseñadas: el siglo I y el siglo II.

A su vez, al estudiar el primer siglo se fija primero en los diversos grupos cristianos: las comunidades paulinas, el judeo-cristianismo de Judea, y lo que muestra la fuente Q (caps II-IV). Luego analiza lo que aparece en los textos: los sinópticos, Juan y otros escritos (caps V-VII).

La segunda parte esta dedicada al siglo segundo, sobre todo su primera mitad. Empieza estudiando la situación socio-religiosa del cristianismo en este siglo (VIII), los grupos que marcan una “diversidad radical” entre los que cuenta a Valentino y Marción (IX) y la devoción “protoortodoxa” de este tiempo (X).

Por proto-ortodoxia, Hurtado entiende el proceso que lentamente va institucionalizando práctica y creencias del cristianismo. Dentro de una diversidad considerable, hay elementos que son más reconocidos como propios que otros, aunque aún no hay todavía definiciones dogmáticas. Esos elementos que van siendo “lo común” del cristianismo, aparecen simultáneamente en diversas comunidades sin comunicación directa entre sí.

Otro término característico de nuestro autor es el de “binitario”. Se refiere a la fe en que Jesús está colocado a la par de Dios, dentro del más estricto monoteísmo.

No es otra deidad, pero es un Otro que recibe la reverencia y el culto que se le da al Padre.

Como mucho del trabajo científico –no solo en teología– que viene del área anglófona, impresiona la exhaustividad de la literatura consultada y de los autores con los que el autor dialoga o discute. Este es sin duda un valor del libro. En esta obra encontramos “resumida” (¡746 págs!) pienso que casi todo lo que existe sobre el tema, que abarca prácticamente la cristología de los dos primeros siglos. La bibliografía, casi toda en inglés, ocupa 47 páginas.

El autor parte de una constatación histórica: la devoción a Jesús emerge muy pronto, no se puede atribuir a una segunda época. Y además “se exhibió con una intensidad y diversidad de expresión sin analogías en el entorno religioso del tiempo. No hay paralelo del nivel de energía empleado por los primeros cristianos para expresar el significado de Jesús para ellos” (2).

La gran pregunta que se plantea es qué sucedió después de la muerte del personaje histórico Jesús para que tan pronto tuviera esa repercusión. ¿Cómo se explica este suceso?

Para esto investiga los dos primeros siglos, importantes

porque ese fenómeno religioso se da antes de ser apoyado por el Estado, en condiciones muy precarias. Y también antes de las discusiones teológicas de envergadura, o digamos, antes de los concilios.

Pero el mayor valor del libro radica en elegir la “vida” como campo de investigación; en averiguar concienzudamente en qué creían los primeros cristianos no principalmente a través de los escritos formales sino a través de su “devoción”. Esto supone creer que la vida es la forma más verosímil del lenguaje humano. Y creo que es la gran novedad del trabajo de Hurtado. Es una limitación que no estudia casi la iconografía de ese tiempo, y muy poco los textos propiamente litúrgicos. Son dos lenguajes que enriquecen particularmente lo que podamos conocer sobre la *devoción*, categoría principal de Hurtado.

Otras conclusiones del autor:

Los desarrollos dogmáticos que se fueron dando con los pensadores que ya venían después de Justino, hasta los grandes concilios, bebieron su reflexión en la vida, la devoción de aquellos cristianos.

El gran tema del momento fue qué hacer con la centralidad de la figura de Jesús, cómo ubicar el peso metafísico que parecía

tener, dentro de una teología coherente. Para Hurtado estos desarrollos no fueron fruto de la helenización más tardía del cristianismo, sino el difícil proceso de encuadrar la portentosa figura de Jesús en la fe que venía del Antiguo Testamento. Esos primeros cristianos se integraron en la fe de Israel. Este fue el camino, esta fue la oportunidad y esa constituyó a la vez la tremenda dificultad: cómo compaginar el monoteísmo con un hombre que se decía Dios y era Jesús de Nazaret. En medio de muchas diversidades, se fue dando una cierta unidad en la devoción y en la búsqueda vital y teológica: una “proto-ortodoxia”

Quizás el mayor interrogante que deja la obra es cómo se explica que “la devoción a Jesús como divino brotó de repente y rápidamente, no gradual y tardíamente. Los orígenes yacen en círculos judeocristianos de los primeros siglos” (650). Uno intuye que es ahí donde el autor sugiere, sin explicitarlo nunca, la fe y la experiencia de la resurrección. Más aún teniendo presente que la devoción a Jesús de esos primeros hermanos suponía un compromiso radical, que integraba la vida entera y que incluía grandes desventajas humanas, desde el rechazo por parte de la propia familia hasta el martirio.

Es desde este peso, desde esta globalidad que Hurtado hace recaer el futuro del cristianismo en el modo y la profundidad con las que sus seguidores resolvamos “la cuestión de Jesús”.

JOSEFINA LLACH

EDGAR ANTONIO LÓPEZ, *La Evangelización como práctica interpretativa*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana – Facultad de Teología, 2009, 202 pp.

El material se presenta como Trabajo de grado para optar por el título de Doctor en Teología. Luego de los agradecimientos el autor realiza una *Introducción* (11-23) en la que define el objeto de estudio y la perspectiva desde la cual lo aborda: “La evangelización, su historia en Colombia y la identidad de la comunidad creyente constituyen el objeto de reflexión del presente trabajo, cuya metodología permite ubicarlo en la vertiente de lo que suele conocerse como teología hermenéutica” (12) y anticipa el

alcance de la categoría evangelización: “Más que un discurso, la evangelización es comprendida aquí como *práctica interpretativa*, en tanto que evangelizar comporta interpretar la historia a la luz del mensaje evangélico y éste a partir de aquella, pero sobre todo actuar evangélicamente en la historia” (13), articulando teoría y práctica en *sentido liberador* (cf. 21). Completa la introducción afirmando que la diferencia es un lugar teológico y distingue dos acepciones de la categoría Evangelio: una Universal (aspecto realizado por Dios en la historia y en otras tradiciones religiosas) y otra Kerigmática (aspecto anunciado por la comunidad cristiana). Luego presenta la organización del material: “El presente trabajo se divide en tres capítulos. El primero ofrece algunos supuestos teóricos acerca de la manera como se ha concebido y desarrollado la evangelización en la Iglesia primitiva y en la Iglesia Católica. El segundo capítulo vuelve sobre la historia de la evangelización en Colombia, para captar algunas líneas teológicas y pastorales que serán

desarrolladas en el tercer capítulo a propósito de la diversidad cultural y religiosa” (21).

El capítulo I, *La evangelización en la Iglesia* (25-90), presenta la “necesidad de concebir la evangelización como una *práctica interpretativa* cuya incidencia sobre la manera en que la comunidad creyente se concibe a sí misma permite a la Iglesia abrirse a la acción de Dios que se revela en las diferencias étnicas, culturales y religiosas” (140). En un primer momento, fundamenta la dimensión interpretativa de la práctica evangelizadora a partir de tres textos del Nuevo Testamento (Hch 2, 14-36; Hch 17, 16-34; Hch 3, 1-26); en un segundo momento, problematiza sobre la categoría *evangelización*, poniéndola en diálogo con las categorías: universalidad de la salvación, historia, misión, trasvasamiento, tradición, conversión al kerigma, continuidad y discontinuidad. En un tercer momento trata el binomio *evangelización y culturas*, en el que desarrolla la no identificación entre la primera y la segunda, las posibilidades que ofrece la

categoría *traducción*, el lugar activo del destinatario, la dificultad y necesidad de que se de un proceso interpretativo. Por último, considera el aspecto de *inculturación*, ofreciendo una comprensión dialógica y hermenéutica de la inculturación. En este apartado se apoya fundamentalmente en Andrés Vela y F. de Witt.

En el capítulo II, *Evangelización como cristianización en la historia de Colombia* (91-140), se expone “la experiencia de la primera evangelización en la Nueva Granada y los resultados del proceso de cristianización en el que el reconocimiento de la diferencia como lugar teológico apenas pudo aparecer en medio del avasallamiento cultural generalizado” (140). El primer ítem trata de la *dominación y proclamación de la fe*, realizando una memoria crítica de los comienzos de la evangelización en Colombia. El segundo, se centra *entre el reconocimiento y desconocimiento de la diferencia*, indicando los contrastes entre las prácticas de distintos evangelizadores. El ítem tercero focaliza en las *doctrinas, reducciones*

y *catecismos*, y se centra en la segunda etapa evangelizadora y problemática indígena. El cuarto pondera la *república, legislación e identidad cultural*, presentando la evangelización en Colombia en los siglos XIX y XX. En este capítulo el autor sigue mayoritariamente al historiador Jaime Borja.

“*Evangelización, inculturación y pluralismo*” constituye el capítulo III (141-185), en el que “se proponen algunas líneas de acción para que la Iglesia Católica y las demás iglesias cristianas permitan que el Evangelio despliegue su acción salvífica en ellas y lo reconozcan advirtiendo cómo el Reino de Dios acontece también en los otros” (140). En el primer apartado, *la inercia del cristianismo helenizado*, el autor sostiene la importancia de considerar la síntesis del evangelio con la tradición helenista como contingente. Un segundo apartado, *el reino de Dios en los otros como lugar hermenéutico*, propone que la Iglesia descubra la revelación de Dios en el otro y en la solidaridad de los otros para que ella deje de estar centrada en sí misma y asuma

la evangelización en su dimensión ética como responsabilidad y apertura. Como tercer apartado *el papel de la iglesia en la superación del secularismo*, ofrece un aporte motivacional al compromiso secular de los cristianos respetando la pluralidad de perspectivas que se dan en la conformación de los Estados. Un cuarto apartado, *la iglesia abierta al pluralismo religioso*, afirma la necesidad de que la Iglesia reconozca el evangelio universal presente en otras tradiciones religiosas, acepte la parcialidad de su mediación salvífica y se abra al diálogo con las otras tradiciones religiosas. En este capítulo el texto se apoya, entre otros autores, en Habermas y Geffré.

Unas breves *Conclusiones* (187-193) en las que el autor recapitula las principales afirmaciones, dan paso al índice bibliográfico.

El texto presenta una categoría interesante que invita a ahondar en la comprensión del proceso evangelizador y ofrece líneas de reflexión sobre las implicancias para la misionología actual. La propuesta evidencia un límite al

no definir con precisión y profundidad la expresión *práctica interpretativa*. El material que el autor propone enuncia con precisión sus formulaciones y deja pendiente *un desarrollo en diálogo* con los fundamentos de otros enfoques sobre el

tema, a fin cimentar sólidamente la propuesta. Sin dudas el material abre una senda de mucho interés para ulteriores profundizaciones.

CAROLINA BACHER
MARTÍNEZ